

# EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. | INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. | 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Ecos de Melpómene, por don J. M. Marin.  
—Recuerdos, por don M. J. Ruiz.—Sonetos, por don  
—Julio de Eguilaz.—Problema resuelto, por don Ca-  
simiro Prieto.—Mi adorada, poesía, por don José  
Castroverde.—Hojas y días, poesía, por don M. J. Ruiz.  
—Un viaje alrededor de mil reales, por don Gerardo  
Blanco.—Miscelánea.—Charada.

## ECOS DE MELPÓMENE.

### MINIATURAS HISTÓRICAS.

POR J. M. MARIN.

(Continuación.)

Las flores por una parte, la nube del pebetero y la lluvia de esencias por otra, seguían á su vez convirtiendo el aire de aquel recinto en el aura que debió mecer las frondas de los vergeles del Paraíso.

Aproximóse la segunda muger.

Descubrióse como la anterior, dejando ver los rizos de una cabellera rubia y suave, poblados y largos hasta tocar en su turgente pecho.

Una mirada, celeste como el cielo, iluminaba su blanco rostro, compitiendo en belleza con su pequeña boca, húmeda y roja como el fruto de la granada.

Esta cogió de la mesa un jarrón de plata y del vino que contenía, llenó una esbelta copa de cristal y se la presentó con apacible gracia.

Luego, mientras el cortesano bebía, la

jóven imitó á su compañera, sentándose en otro de los tendidos cogines.

Avanzó la tercera.

Al levantar, cual las otras, su velo, la mirada de Damocles tropezó en el lugar del rostro con un antifaz de terciopelo negro; pero, en cambio, se le presentaban desnudos un cuello voluptuoso y unos hombros redondos y anchos que lucían una tez blanca mate, cual si estuviesen modelados con una masa de jazmines tibios.

(Era la concubina predilecta de Dionisio.)

Cuando llegó á él, estendió una mano, desnuda también como su brazo, y se la dió á besar.

Aquel ósculo acabó de embriagar al favorito.

La enmascarada se echó en el asiento más próximo á Damocles, medio cubriéndolo con la falda de su amplio y ligero traje.

En esta situación las tres mugeres, á su vez cada cual, repitieron con acento dulce y sonoro:

—Tu gusto, señor, es nuestra ley: la noche es para amar!

Y las tres, á porfía, le presentaban manjares y bebidas, sonrisas y miradas.

El afortunado cortesano sucumbía extasiado de ventura.

Y la música suspiraba enloquecedora...

Y los aromas se redoblaban....

La puertecilla misteriosa volvió á abrirse de nuevo y penetraron en la estensa sala, formando grupo, algunas bailari-

nas griegas, armadas de panderos y coronadas de myrto y de violetas.

Flexibles como serpientes, rápidas y ligeras como el deseo, lanzáronse girando en torno de la mesa, entregadas á un baile casi aéreo, torbellino deslumbrador de molicie y de colores!...

Tendidos sus cabellos por la carrera, desprendiendo de ellos flores y reflejos, al son de sus alegres panderos, vibraban, al pasar, sobre la frente del feliz convidado las miradas magnéticas de sus adormidos ojos....

En medio del estruendo y la algazara apareció sin ser sentido, Dionisio el Tirano.

A una señal de su mano, señal no vista por Damocles que ignoraba su presencia allí, las bailarinas, desciñéndose los *schalles* de su cintura, formaron, sin interrumpir su danza, un toldo de seda y encages por encima de la desvanecida sien del favorito!

A otra señal de Dionisio brotó del centro de la bóveda un objeto que empezó á descender lentamente, sin que nada le sostuviese al parecer, hasta llegar á una vara de altura sobre la cabeza de Damocles.

Ya allí se detuvo quedando inmóvil.

Terminada esta pequeña modificación en el exorno del local, incidente que estaba preparado de antemano, las bailarinas terminaron su juego, y formadas en línea, se apartaron á un lado, calmando con el descanso las ondulaciones de sus palpitantes pechos.

Las tres hermosas que se habían sentado á la mesa se levantaron también formando un grupo aparte, envueltas en sus velos.

La música, el canto, y los perfumes cesaron paulatinamente y Dionisio, comprimiendo una sonrisa sarcástica, se presentó ante su adador.

## V.

Al verlo este quiso levantarse lleno de

sobresalto, como siempre que se encontraba en presencia del Tirano.

—¡No te muevas! le dijo Dionisio; oye y responde: acabas de gozar de todos los encantos y placeres de que yo disfruto en mis horas de reposo y de recreo; los conoces: ahora, pues, si todos los has experimentado y medido, ¿qué opinas respecto á ellos? ¿persistes en tu apreciación.... y te parece mi felicidad incalculable?

Damocles, ébrio de placer y de concupiscencia, tanto mas ardiente cuanto que no había sido mas que provocada, prorumpió á impulso del entusiasmo y de la mas íntima y envidiosa convicción:

—¡Sobrehumana, señor! ¡digna de los elegidos! ¡por Júpiter!

El Tirano repuso con acento incisivo:

—¿Lo has visto todo? ¿nada de cuanto hay en esta estancia se ha escapado á tu exámen y reflexión?

—Nada.

—Mira bien, repitió Dionisio con acento sombrío.

Damocles con vago temor, giró una mirada en torno suyo....

No vió mas que las mugeres y esclavos todos mudos y alejados de él y solo á Dionisio próximo.

—Nada! repitió.

—Observo que no miras mas que á tus piés y alrededor: ¿por qué no miras hacia arriba? repuso su terrible interlocutor.

Damocles levantó los ojos hacia la bóveda.... y su rostro se cubrió de una palidez mortal.

Su mirada se había encontrado con el objeto que antes indicamos suspendido á corta distancia sobre su cerviz.

Lo que así aterraba al favorito haciéndole descender del Empíreo de sus gozes al averno del horror mas profundo, era una espada gala de dobles filos en cuya brillante y ancha hoja se quebraban chispeando los rayos luminosos que despedían las multiplicadas lámparas del festin.

La tersa cuchilla, en apariencia suel-

ta, pues estaba suspendida por un hilo formado de la crin de un caballo, parecía descender trayendo en su aguda punta el golpe fatal.

Instintivamente y tras un segundo de terrorífica contemplación, Damocles saltó, por decirlo así, de los cojines en que estaba y quiso huir despavorido!...

—¡Quieto, miserable! le gritó la voz ronca del Tirano.

El favorito cayó sobre la alfombra anonadado.

—Ese hierro que tanto te amilana, continuó Dionisio, ese mismo, preside mis días y mis noches; siempre tras mí, aguarda y busca el instante favorable para hundirse en mi pecho: Dionisio lo sabe; pero Dionisio no es cobarde, y esto también lo sabe Siracusa: no le desprecio, pero no le temo; velo únicamente.

En cuanto á tí, ya sabes lo que forma mi existencia; guárdate, pues, de hoy mas, ruin lisongero, de encomiar ante mí las dichas de mi vida.... ¡ó por mi nombre te prometo que ese acero que está ahí, y que ni aun á mirar te atreves, segará tu cuello. Ea! fuera de aquí!

Y con un gesto de soberano desdeñó le señaló la gran puerta de ébano.

Damocles se dirigió hácia ella, tambaleándose de miedo, y desapareció.

Dionisio le miró alejarse sonriendo con desprecio; y luego volviéndose hácia las mujeres y los esclavos, les dijo con voz breve:

—Dejadme!

Quedóse solo.

Entonces, dirigiéndose á donde estaba una escultura que representaba la cabeza de un tigre, aplicó el oído á su abierta y fría boca, murmurando con una expresión imposible de describir:

—Escuchemos!

Al cabo de un rato se separó del conducto denunciador, y abandonó aquel sitio exclamando con muestras de siniestra alegría:

—Parece que por hoy está en calma nuestro buen pueblo de Siracusa!

El cuadro que de este relato se sacara podriase titular: *Una lección de Dionisio el Tirano.*

(Concluirá.)

## RECUERDOS.

Hay en la vida del hombre dos épocas llenas de poesía: la de las ilusiones y la de los recuerdos.

La primera es aquella en que el pensamiento se esfuerza, afortunadamente en vano, por desgarrar el oscuro velo que oculta á la penetración humana lo que está por venir.

La segunda, aquella en que, próximos ya al término de nuestra mortal peregrinación, hallamos melancólico deleite en evocar uno á uno los recuerdos del pasado en las misteriosas páginas del gran libro del tiempo.

Semejante al viajero que antes de comenzar á recorrer las ásperas y tortuosas sendas del umbroso bosque, detiéndose un momento para derramar una última mirada sobre el pintoresco y risueño paisaje que á su espalda deja, el hombre, cuando ha sonado para él la hora del desencanto, hora que siempre llega; cuando ni la esperanza perfuma su camino ni la ilusión lo ilumina; cuando despues de haber llegado á la meta de la vida se siente empujado por una fuerza misteriosa en esa fatal pendiente á cuyo término está el sepulcro, vuelve sus ojos hácia el desierto de su pasado, y parece como que goza en arrancar del panteón de su memoria los fantasmas de sus recuerdos, cada uno de los cuales, al cruzar en vertiginosa carrera por los horizontes del pensamiento cual las visiones de un sueño apenador, inspira al corazón sensaciones de angustia ó crueles remordimientos.

Porque los recuerdos, que son la historia de nuestro pasado, no siempre están exentos de algo que exprime hiel, no siempre son de color de rosa. Basta que

se les contemple á través de la bruma de los tiempos para que nos inspiren melancólica complacencia.

Los recuerdos, como las ruinas, tienen para el corazón un lenguaje simpático y misterioso. ¿No son ellos también ruinas entre las cuales quedaron sepultadas nuestras juveniles ilusiones, nuestros amores y nuestras esperanzas?

Los recuerdos constituyen una especie de religión: se les rinde culto, y ellos, en cambio, nos presentan en luminoso coro imágenes seductoras del pasado que recreando nuestra imaginación, la apartan, siquier sea momentáneamente, de la contemplación de las miserias del presente.

Son eslabones que enlazan los acontecimientos de nuestra existencia, todas nuestras venturas y todos nuestros infortunios, formando la misteriosa cadena de sensaciones que alternativamente sujeta nuestro espíritu al placer y al dolor.

Son páginas que unidas, merced á la poderosa actividad del pensamiento, forman y presentan ante éste la historia de nuestros pasados días. Algunas de estas páginas solo las comprenden Dios y la conciencia del que las escribió.

El tranquilo hogar en que despertamos á la vida, las tiernas caricias de la madre que perdimos, las primeras impresiones que nos agitaron, las esperanzas que acariciamos, el primer amor que sentimos, las ilusiones que forjamos, nuestras venturas y martirios, las contrariedades que amargaron nuestra existencia; toda esa interminable cadena de objetos y afecciones, de cosas y sentimientos, pasa y vuelve á pasar en revuelto torbellino por el cristal mágico del pensamiento, cuantas veces, recogidos en nosotros mismos, evocamos esas memorias, saturadas con el delicioso perfume de melancólica poesía.

Dios ha vedado al hombre el poder sondear los arcanos del porvenir; pero en cambio le ha dejado abierto, espedito, sin sombra alguna que lo oscurezca, el inmenso campo del pasado. ¿Qué se-

ria de él si las brumas que anublan el porvenir se estendiesen también por los horizontes del pasado? Contemplar siempre lo presente, sin ver delante y detrás otra cosa que sombras, sería un suplicio eterno.

No es así, por fortuna. Cuando nos hastia el presente, hacemos en alas del pensamiento escursiones al panteón de lo que fué, esto es, al desierto de lo pasado, y estas miradas retrospectivas, tristes como todo aquello que se inspira en la muerte, parece que al refrescar nuestras ideas nos infunde nuevo aliento para continuar nuestra peregrinación.

¿Habrá quien nunca haya evocado en su memoria los recuerdos de sus pasados días? No lo creemos. Ningun viajero deja de volver el rostro, una vez siquiera, hácia el camino que á su espalda deja.

M. J. Ruiz.

#### SONETOS.

A mi querido primo don Tomás Eguilaz.

#### LA VIDA HUMANA.

¡Oh vida ignota la del hombre triste,

Que á falsa luz de su saber se precia!

El á su propio nacimiento asiste

¡Y aplaude su gemir con risa necia!

Después, del mundo en la borrasca recia,

Juez de sí mismo ¡falla y se resiste!

Ora esclavo, se insulta y se desprecia,

Ora monarca, de esplendor se viste.

¡Llámale Dios! Entre amargura y llantos,

Guarda sus restos, con medrosos gritos:—

¡Siente dejar el valle de quebrantos!

Su perdición contempla en los precitos,

Su gloria en las mansiones de los Santos....

¡Y en todo vé misterios infinitos!

#### LA JUSTICIA.

¡Justicia! ¿dónde está?—Su digno aspecto

Jamás al Sumo Ser mostrarnos plugo;

En lo mas pobre y en lo mas perfecto

Se ven las huellas de tirano yugo.

Sin culpa en leve red lucha el insecto

Y á un monstruo rinde su mezquino jugo:

Sin culpa odiado espira el monstruo abyecto,

Que obediente á su ley se hace verdugo.

Viene sin culpa el hombre á la existencia,  
Sin culpa llora su dolor prolijo,  
Sin culpa sufre su infeliz sentencia.

La Justicia ¿cuál es?—Blasfemo dijo,  
Con angustia, el mortal, y la conciencia:  
¡Oye mi voz y lo sabrás de fijo!

Julio de Eguilaz.

## PROBLEMA RESUELTO.

Vamos á ver, benévolos y ariscos lectores (que de todo hay en la cacareada viña del Señor) ¿á que no adivinan ustedes cuál es la muger mas inaguantable que existe sobre la haz de la tierra? Vayan contestando por turno:

Un marido escamado. —*La caprichosa.*

Yo, con ojos de compasion. —*No señor.*

Un papá, á quien los trapi-  
cheos de su hija, que es una po-  
llita rubia que marea, le tienen  
puesto en un brete.

—*La que tiene la  
cabeza de chorlito.*

—*No señor.*

Un barbilindo dandy que vi-  
ve enamorado como un habie-  
ca de una bailarina que sabe  
mas que una culebra, la cual  
dedica en la actualidad los an-  
zuelos de sus ojos en la impor-  
tante pesca del corazon de un  
Jhon Bull, hastiada desde la  
quilla hasta los topes del ro-  
mántico amor del nene barbi-  
lindo.

—*La ambiciosa.*

—*No es esa.*

Un melenudo poeta, con la  
mirada fosca, las facciones con-  
traídas, estridente la respira-  
cion y crispados los puños.

—*La que tiene el  
rostro de ángel y el  
corazon de demonio*

—*Tampoco es esa.*

Un mozo cruo, de azafranadas  
patillas y mirada que arde.

—*La santita.*

—*No señor.*

Un señor cura con cara de  
luna llena, de nariz arremanga-  
da y roja como las guindas de  
Aragon.

—*La que, no con-  
fiesa.*

—*No señor.*

Un infeliz marido, victima de  
esa nefasta deidad que se llama  
Moda, á la cual su cara costi-  
lla rinde un culto fanático, idó-  
latra.

—*La vanidosa.*

—*No señor.*

Un pollo perdidamente ena-  
morado de una polla que se lla-

ma... Andana á las cálidas fra-  
ses del gallo en ciernes.

—*La desdeñosa.*

—*Tampoco es esa.*

Un avaro, con la mirada tor-  
va, fria, helada y ostentando en  
los lábios una sonrisita cáustica,  
mefistofélica.

—*La derrochadora*

—*No señor.*

Un novio, piramidalmente  
fastidiado del inagotable golo-  
sismo de la madre de su esposa  
en agraz.

—*La mamá de mi  
chica.*

—*No es esa tam-  
poco.*

Un timorato, con la vista ba-  
ja y ruborizado hasta en lo  
blanco de los.... dientes.

—*La que no vá á  
misa.*

—No, señores, no es ninguna de esas, y á este paso, dudo mucho que hayan dado en el *quid* ni hasta el dia del juicio final por la noche; fuerza será que les despeje la incógnita. ¿No saben ustedes cuál es la muger mas inaguantable?... ¡pues claro! ¡la que pesa mas arrobas!!!

Casimiro Prieto.

## MI ADORADA.

Leda y radiante cual natura bella

Si la noche sus sombras ocultó,

La ví cruzar como fugaz centella

Y de mi vista huyó.

Brotaron á su paso flores miles:

Eléctrico sentí todo mi ser,

Soñando ya riquísimos pensiles

Con ella recorrer.

Yo, desde entonces la adoré anhelante,

Que mi alma entera se llevó tras sí,

E ilusionado como triste amante,

Por donde quier la ví.

Antes la vida páramo desierto

Juzgué, dó no brotara ni una flor;

Y ora mi ardiente corazon se ha abierto

Al soplo del amor.

Que si es la duda copa emponzoñada,

Dispensadora de licor letal,

Que deja el alma para el bien cerrada

Y abierta solo el mal;

Es la *Esperanza*, mi adorada bella,

Manantial de dó mana todo bien,

Fúlgida, clara y esplendente estrella

Que nos muestra el Eden.

José Castroverde.

Puerto de Santa María.

## HOJAS Y DIAS.

Al viento del Otoño  
que ténue las agita,  
despréndense del árbol  
las hojas amarillas.  
Luego de primavera  
el céfiro suspira,  
el sol con pura lumbre  
los campos ilumina;  
y el árbol, que desnudas  
sus ramas estendía,  
se viste de improviso  
con mil verdes hojillas....

Del tiempo al rudo soplo  
huyendo van los dias,  
que son las verdes hojas  
del árbol de la vida.  
Y al caer la postrera,  
el tronco en que lucia  
herido por la muerte  
en la nada se abisma....  
Renuévanse en el árbol  
las hojas desprendidas:  
¡para el hombre no vuelven,  
cuando se van, los dias!

M. J. Ruiz.

## UN VIAJE ALREDEDOR DE MIL REALES.

(MEMORIAS DE UN HOMBRE TRONADO.)

A mi querido amigo Castañas Verdes.

## I.

## ANTES DEL VIAJE.

He proyectado un viaje. Dios quiera que no quede en proyecto.

Se me ha asegurado que el punto que he elegido es muy peligroso y yo me estoy muriendo por el punto.

Se me ha dicho que el término del viaje es difícil en los tiempos que corremos y yo no termino sino en el término.

Y voy á hacer cuantos esfuerzos estén á mi alcance para lograr mis intenciones, para asegurar el éxito de mis deseos.

Mañana emprendo el viaje. No hay mas que hablar.

## EN EL VIAJE.

Ayer salí de mis casillas.  
Por consiguiente mi plan está en ejecución.

Fueron á despedirme una multitud de dudas, de temores, de inquietudes y de zozobras que me hicieron llorar hasta que al fin me alargó la mano la Osadía con temerario arrojo y eché pelillos á la mar. De manera que estoy calvo.

He llegado á la Vacilacion.

¡Bonito puerto! Pero qué mareos, hombre, qué mareos!

Mil veces me arrepentí de haber emprendido tal determinacion y otras tantas la alabé con alma y vida.

Dicen que por aquí que esos son los efectos de estas aguas. ¡Dios las bendiga!

Mañana salgo para la Desvergüenza, pueblo situado en todo el mundo y que cuenta los habitantes por millones. Allí pienso detenerme algunos dias y visitar los pueblecillos de mas importancia, y con cuyo auxilio podré seguir pacíficamente mi viaje.

Ya llegué, pero ni ví, ni venci.

¡Calle V. por Dios, hombre, que esto es atroz!

Si aquí no se puede vivir; si aquí hace frio y calor á un tiempo mismo.

Procuremos salir pronto.... pero no puedo, no sale ningun tren á horas regulares y á horas extraordinarias suelen descarrilar todos en el puente del Castigo.

¡Valiente castigo me llevo encima!

No tengo otro remedio que visitar las aldeas comarcanas.

¿Veamos?

El Usurero, pueblo de alguna importancia en esta provincia, cuya capital ya llevo dicho que es la Desvergüenza; situada á orillas de un precipicio sin fondo; rodeado de medallas mas ó me-

nos reconocidas por la *academia de ingresos*; con 3413 cuerpos sin alma. Tiene términos viciosos y fábricas de llanto y un puente de cobre colgado sobre la puerta.

Este pueblo me probó mal, muy mal, tanto que tuve que salirme de él aprisa y corriendo y con las manos en las narices.

*El Juego*, población de primer orden, villa partida por la cabeza judicial, con muchas almas dadas al demonio; á pocas leguas de la capital tiene escuela de vicios, y consiste su industria en desplumar al prójimo como á sí mismo.

En ella dejé muchos cuartos y muchas esperanzas, tomando en cambio como recuerdo algunos disgustos en cuya fabricación se distinguen los naturales del país.

*La Limosna*, aldea de escasísima importancia con numerosos habitantes. Su principal industria consiste en pan para hoy y hambre para mañana.

Tiene iglesias catedrales donde se acoge fervorosamente y en cuyas puertas hace su agosto, sobre todo en Enero.

Apenas ví el aspecto de este pueblo dije *vuelvo y no volvi*.

Y ahora, ¿dónde iré que bien vaya?

Está visto y probado: no arribaré al punto que me he propuesto.

Mas ¡ah! sí; sí; ya tengo el pueblo; allí está el término de mi viaje, en él está cifrada la realización de mis ilusiones.

*La Economía*: bonito, pintoresco, delicioso pueblo á orillas del mar de la Felicidad, con escaso número de habitantes. Abundante huerta á sus alrededores, fábricas de dichas y venturas á todo pasto.

—Allá me voy, señores: hasta la vista.

### III.

DESPUES DEL VIAJE.

He llegado á los mil reales. Soy completamente feliz. No olviden ustedes el último pueblo del itinerario de mi viaje.

Gerardo Blanco.

## MISCELÁNEA.

*La Crónica* ha hecho en su número del Miércoles un esfuerzo de habilidad para convencernos de que pueden muy bien sus redactores escribir obras para la *Sociedad infantil*, elogiar á los niños que en ella trabajan, dejar que sus hijos tomen parte en las funciones de la misma, y admitir y publicar luego, sin espresar su no conformidad con las ideas que en él se vierten, un artículo en que se condena la existencia de la citada sociedad, sin que este último acto, que está en abierta oposición con aquellos, los haga aparecer en contradicción consigo mismos. Esto será muy lógico para *La Crónica*, pero para nosotros no deja de ser inmensamente absurdo. Mas le hubiera valido á nuestro colega confesar que ha perdido la brújula en materias periodísticas, que tratar de disculpar su falta de prevision con aquello de los *actos públicos y particulares*, como si no fuera una misma la personalidad de sus redactores en estos ó en los otros actos ó pudieran aquellos tener un criterio en la calle y en la redaccion otro. Cuando la redaccion de un periódico admite un artículo y no declina sobre el autor de éste la responsabilidad de las ideas que en él se vierten, es porque está conforme con esas ideas: *La Crónica* no ha declinado en D. R. C. y L. la responsabilidad de su artículo, luego *La Crónica* cree que es inconveniente la existencia de la *Sociedad infantil*. Y creyéndolo así, ¿cómo es que sus redactores escriben para ella y consienten que sus hijos tomen parte en las funciones de la misma? Hé aquí lo que, á pesar de su habilidad, no ha logrado explicarnos nuestro colega, porque lo de que sus redactores pueden hacer una cosa como *periodistas* y otra como *particulares*, no pasa de ser una verdadera salida de *pié de banco*.

Al *Anticuario Novel*,

que daba palos de ciego,

le han salido á la palestra

el autor de *cuadros viejos*

y un par de sábios de á fólio,

nacido el uno en *Ovejo*.

Ya la *funcion* ha empezado,

y si así sigue, preveo

que vamos á divertirnos  
á costa del menos diestro.

\* \* \*

-El corazón de la coqueta es una caja de fósforos, que lo menos tiene fuego para cien fumadores. En este caso quien dice fumadores, dice amantes.

\* \* \*

Tú eres mi dueño, yo soy tu esclavo,  
Sou mis prisiones tu tierno amor;  
Tú eres la copa que vino encierra,  
Y el vino yo.

Yo soy el triste que místico llora  
Su ya perdida felicidad;

Y es la causante de mi desgracia

Ay! tu mamá.

Yo soy farola de humilde aceite;

De gas brillante tu eres la luz;

Yo soy el niño que gime y llora,

Y el coco tú.

\* \* \*

Háblase de la formación de una compañía dramática para el teatro de Moratin, á cuyo frente estará el bien reputado primer actor don Manuel Argente y en la que figurarán las actrices señoras Baus y Navajas. Celebraremos que se confirme esta noticia.

\* \* \*

Comer es el purgatorio,

tener que comer, el cielo,

pedir de comer, el limbo,

dar de comer, el infierno.

\* \* \*

En otro lugar de este número insertamos un precioso artículo de nuestro festivo colaborador el señor don C. Prieto de Valdés, el cual se ha embarcado hace pocos días para Buenos-Aires. Le deseamos buen viaje y pronta vuelta.

\* \* \*

FLORES Y MUGERES.—La flor tiene color, corola y perfume: la muger tiene cuerpo, alma y estudio.

Las flores se cierran á un viento fuerte, y se abren á un céfiro ténue; las mugeres son sordas á los consejos mas rectos, y blandas á la mas débil de las alabanzas.

La muger está defendida por el candor y por la dignidad.

La flor que admite á la abeja en sus pétalos pierde pronto su color y se marchita.

La muger, á fuerza de adulaciones, llega á creerse que es bella, y pára en necia.

Las mugeres necias y las flores marchitas, tienen su punto de contacto: aquellas aparentan ser algo y se hacen mas necias aun: estas, si se atreven á erguirse sobre su tallo, caerán al esfuerzo sacado de su debilidad.

La lozanía de las flores depende de la mano del jardinero; la bondad de la muger es casi siempre hija de los consejos de sus padres.

\* \* \*

¿QUÉ ES UNA MUGER?—Unos labios rojos han dado la sencilla y espiritual definición siguiente:

«Una muger es un pequeño mueble de lujo que debe viajar siempre en la vida con esta indicación: *Muy frágil.*»

\* \* \*

En Sevilla ha comenzado á salir á luz un periódico satírico con caricaturas titulado *El Loro*. Ya tenemos lo que nos hacia falta para entretenernos... si es que la *huésped* le deja hablar

\* \* \*

LAS CRIADAS DE SERVICIO.—Nuestra misión es suministrar sofocaciones á nuestras amas, romperles la loza y los cristales, tener las puertas de nuestros amos convertidas en cuarteles: no parar en ninguna casa arriba de un mes ó quince días, ser el entretenimiento de nuestros señoritos y concluir por entrar á servir en las casas de... huéspedes.

\* \* \*

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

CALABAZA.

\* \* \*

CHARADA.

Parte del cuerpo humano

es prima y cuarta,

y dos y prima, goma

siempre estimada.

Tercia y segunda

la llevan los bajeles

ó en casa alumbrada.

Prima y dos en melones

hacer agrada,

y es ilustre apellido

segunda y cuarta.

Y el todo, inerte,

horror y pesadumbre

inspira siempre.

Bertoldo.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de *El Guadalquivir*, Pescadores, 17.